

¿QUÉ SE PUEDE DECIR DEL PECADO ORIGINAL?

Al abordar esta cuestión, hay que tener en cuenta la pluralidad de sistemas en teología, ya que las afirmaciones y las cuestiones no tienen el mismo valor según los autores o según las tradiciones. Si en la tradición agustiniana el pecado original ocupa un puesto decisivo, éste no es el caso de la tradición tomista y, menos aún, el de la teología de los Padres Orientales. El Concilio Vaticano II, por su parte, ha dado libertad a los teólogos sobre este punto. Esto hace posible la actualización de la teología del pecado original. Para ello, será preciso compatibilizar lo que hay de verdad en el enunciado tradicional con el aporte de los datos más esenciales de la geología, la biología y la antropología científicas.

Que Pert-on dire du péche originel à la lumière des connaissances actuelles sur l'origine de l'humanité ?, Bulletin Litterature Eclésiastique 47 (1996) 3-27.

I. La emergencia del hombre

Antropología física

La cuestión de la emergencia del hombre es una cuestión científica que requiere métodos científicos de observación de la naturaleza para determinar los factores que condicionan la vida: geografía, clima, ecosistema, alimentación, biología y medicina. En cualquier caso, la aparición del género *homo* ha de inscribirse en la historia general de la vida que da por supuesta la unidad fundamental de los diversos mecanismos biológicos. En función de estos principios generales, se llega al concepto de hominización para expresar la aparición y evolución del género *homo*.

Antropología cultural

La aparición del hombre tiene una doble dimensión: biológica y cultural. El hombre nace inmaduro, carente de los recursos necesarios para sobrevivir. Por consiguiente, tiene que aprenderlos. Ahora bien, el aprendizaje se hace en el seno de la comunidad humana.

El criterio determinante del aprendizaje es el lenguaje. El lenguaje es un poderoso agente de la evolución del cerebro. El lenguaje hace posible la memoria, el razonamiento, el cálculo, la previsión. En definitiva, el lenguaje es la condición de posibilidad de la inteligencia y de todo aquello que tiene que ver con el espíritu. En el plano económico, la vida social depende de las condiciones económicas de la vida. El proceso de hominización está marcado por las conquistas de la evolución técnica: útiles, conquista del fuego, caza, agricultura y, en especial, el almacenamiento de los alimentos que dio al hombre la posibilidad de hacer frente a los desafíos climáticos, así como definir las exigencias de organización y defensa del territorio.

Estos hechos sociales y culturales se produjeron a lo largo de una larga historia, que se remonta a cientos de miles de años y que, por tanto, escapa a toda transmisión

memorizada. Para acceder a los orígenes hay que proceder con método científico, es decir, seguir las huella del pasado y recomponer los restos paleontológicos que tenemos al alcance. Este método puede complementarse con lo que nos enseña la biología y la genética de los pueblos.

¿Podemos aplicar provechosamente este método a los textos bíblicos? ¿Pueden estos textos ayudarnos a remontar hasta los orígenes de la humanidad, gracias a una tradición oral segura?

Valor documental de los textos del Génesis

Los textos bíblicos no pueden decirnos nada válido acerca de los orígenes del hombre. Tienen sí un valor documental sobre el cambio de sociedad en el neolítico. Conocemos este período por las excavaciones del Oriente Medio. A nivel científico y desde un punto de vista histórico, podemos leer los textos de la Biblia como testimonios de la cultura en la que fueron escritos. Esto no nos permite ir demasiado lejos. Sin embargo, ellos nos hacen accesibles los tiempos prehistóricos, pues en ellos se conserva la memoria del pasado.

En el estado actual de los conocimientos, los textos bíblicos no pueden ser considerados válidos para todo el proceso de hominización. Ellos sólo nos informan sobre el tiempo más próximo al período presente. Los textos bíblicos deben ser leídos con arreglo a lo que son, es decir como unos textos destinados a la vida religiosa y a la reflexión teológica.

II. Pecado de Adán y pecado del mundo

La expresión "pecado original" no se encuentra literalmente en las Escrituras. Ellas hablan de "pecado de Adán". Hablan también de "pecado del mundo". Debemos devolver a estas expresiones toda su fuerza y para ello debemos estudiarlas por ellas mismas. Esto nos ayudará a recobrar su pleno sentido.

El pecado de Adán

La expresión "pecado de Adán" nos remite al relato del comienzo del Génesis. El nombre mismo de Adán es ambiguo. La palabra hebrea *Adam* designa dos cosas: un hombre individual y la humanidad, como especie. El Génesis se refiere a Adán como hombre y como mujer. Adán designa un individuo masculino cuya pareja es la mujer: Eva. A ella le corresponde como función esencial la maternidad. El texto bíblico juega con los dos sentidos. Esto nos da una idea de la condición humana.

El individuo Adán representa la humanidad. Desde esta perspectiva, se puede hablar de "pecado de Adán". Y así se nos presenta en Gn 2-3: como la causa explicativa de la desgracia humana, dado que se trata de la falta del patriarca de la humanidad. La noción de patriarca de la humanidad es importante.

I. Para comprender dicha expresión podemos recurrir al concepto de "personalidad corporativa". Esta noción sociológica pone de manifiesto el vínculo existente entre los miembros del grupo a los que el padre, el rey, el sacerdote o el profeta representan. La noción de representación es esencial en este concepto. Ello supone una reciprocidad entre los miembros del grupo y aquél que es su cabeza.

La noción de "personalidad corporativa" se aplica de una manera particular al patriarca, ya que éste contiene en sí toda la descendencia. Lo que él hace influye sobre todos aquéllos que nacerán de él. Así, la bendición de Abrahán pasa a todos sus hijos, y la maldición de Cam por Noé pasa a todos los habitantes de

Canaán. Dado que Adán es el primero de los patriarcas, su destino conlleva en germen todo lo que sucederá a su descendencia.

2. La exégesis moderna se ha hecho crítica gracias a los resultados de la ciencia de la naturaleza. Ella sabe que el texto de las Escrituras, literalmente considerado, no tiene valor absoluto; y que ha sido escrito por autores humanos que han utilizado los conocimientos disponibles en su tiempo: "no han sido escritos bajo el dictado de Dios como un texto infalible que contiene toda la verdad en el plano histórico y científico" (Pont. Com. Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Bíblica 74, 1993).

Para recuperar el sentido literal, los estudiosos del AT son conscientes de que los textos situados al principio de las Escrituras no son los más antiguos. Han sido precedidos por una tradición que encontramos atestiguada en otros. El libro del Génesis, por tanto, refleja la situación y el pensamiento del momento en que fue escrito. Concretamente, por lo que se refiere a Adán, el libro depende del ideal de humanidad del tiempo y por esto alienta en él la esperanza en el que vencerá el mal.

El capítulo primero del Génesis es sacerdotal. Los capítulos siguientes son más propios del género sapiencial. En un relato etiológico, nos dan cuenta de la situación real del género humano en medio de una existencia difícil, pero que ya conoce el bien y el mal gracias a la Ley.

En este relato, Adán ocupa un puesto similar. Es el padre de todos los hombres y, por tanto, su figura expresa la universalidad de la salvación.

3. El texto del Génesis que - relata la caída de Adán es muy poco citado en el resto de las Escrituras. Para referirse al pecado, que rompe la Alianza entre Dios y los hombres, la tradición judía dio preferencia a otro suceso: la adoración del becerro de oro, en el desierto. Esta falta tiene un valor ejemplar y paradigmático para expresar el pecado de Israel y el de los hombres idólatras.

4. El relato del Génesis se desarrolló en la literatura intertestamentaria (Targum, apócrifos, etc.). Este replanteamiento se debió a una nueva teología de la historia que pretendía poner de acuerdo la protología y la escatología. G. Baudry ha analizado los principales textos. Tienen una dimensión moral, ya que tratan de responder a la cuestión: ¿por qué hay en el hombre una tendencia a hacer el mal? Dicha cuestión está ligada a una ética que subraya la responsabilidad personal (cf. Dt 24,16) del hombre y el papel de su libre albedrío. Como los otros hombres, Adán experimentó en su corazón las dos tendencias al bien y al mal. No radica ahí el pecado original, ya que estas

tendencias proceden de la naturaleza creada. Adán transmite la tendencia al mal, causa de su falta y no a consecuencia de su falta.

5. La lectura cristiana de las Escrituras es específica. Ella considera a Adán como la figura de "aquel que ha de venir". Esta tipología está presente en la Carta a los Corintios (I Cor 15) y vuelve a aparecer en la Carta a los Romanos. Pablo no se refiere a lo que pasó al principio. Él quiere explicar lo que le ha ocurrido a toda la humanidad a partir del acontecimiento Jesús. La figura de Adán permite a Pablo ilustrar la universalidad de la salvación cristiana, ya que establece un paralelismo estricto entre Adán y Cristo. El texto establece igualmente el nexo existente entre el pecado y la muerte y precisa que la transmisión, de generación en generación, afecta a la muerte, no al pecado. En resumen, Pablo pretende hablar de Cristo. Utiliza para ello una tradición disponible, pero su intención es cristológica.

El pecado del mundo

La expresión "pecado del mundo" está en la Biblia. Por ej., en el Evangelio de Juan. Juan Bautista designó a Jesús como "el cordero de Dios que quita el pecado del mundo". La liturgia eucarística ha impreso esta expresión en la memoria cristiana.

La noción "pecado del mundo" incluye algo que ya está en la noción de "pecado de Adán": la solidaridad de los hombres en el mal. Pero añade algo más.

1. La expresión está en singular; es decir, la expresión considera la humanidad como un todo. El empleo de la palabra en singular es propio de Juan. El mundo es visto como una totalidad orgánica en la que los pecados de unos forman una red solidaria con los pecados de los otros. Los moralistas convienen en llamarlo "el pecado colectivo".

2. ¿Cuál es la naturaleza del pecado? Los exegetas han demostrado que para Juan el pecado consiste en negarse a conocer a Dios. El mundo no conoce a Dios. El pueblo pecador rehusa recibir la palabra de salvación. En esto Juan coincide con Pablo.

3. Gracias a la sociología, las teologías modernas han subrayado la importancia de esta noción (la solidaridad de los miembros dentro del cuerpo social), ya que en ella se hace patente la solidaridad de los hombres en el mal. Esta noción de "pecado del mundo" permite explicar por qué el hombre viene al mundo marcado por un pecado que él no ha cometido. Simplemente, lo hereda. Esta noción, no obstante, es distinta de la de "pecado original". El "pecado del mundo" hace del hombre una víctima, mientras que el "pecado original" hace del hombre un culpable. Por esto no podemos estar de acuerdo con los teólogos que quieren reemplazar el concepto de "pecado original" por el de "pecado del mundo".

4. La reflexión sobre el "pecado del mundo" tiene otra particularidad: que la noción de pecado no es la primera en la conciencia humana sino la segunda. La conciencia de pecado, en efecto, depende del conocimiento de la gracia salvadora, que es la que confiere al pecado su malicia. Aquí encontramos una idea que explicita la noción metafísica del mal como privación de bien. El mal no es conocido por sí mismo, sino que lo conocemos a contraluz del bien. La noción de pecado nos remite, pues, a la salvación. Es el perdón lo que da al pecador el conocimiento y la conciencia de pecado.

Sin este amor primero, el pecador no conoce ni el bien ni el mal del pecado, sino tan sólo los efectos que acarrea. Hablar de "pecado del mundo" es dar razón de la necesidad de salvación universal.

III. Noción teológica del pecado original

La noción de pecado original ha entrado en la teología occidental de la mano de San Agustín. Es importante saber por qué. Es conocido que el obispo de Nipona, durante algunos años, fue discípulo de los maniqueos. El sistema maniqueo explica el mal apelando a dos principios antagónicos. Agustín se convirtió cuando pudo liberarse del dualismo maniqueo. Esto fue posible gracias a la exégesis simbólica que aprendió en la escuela de San Ambrosio, discípulo de Orígenes en este punto. Según esta lectura, las almas existen en la eternidad de Dios antes de encarnarse en el cuerpo, donde viven como exiliadas a la espera de ser liberadas. Visión pesimista que permanecerá en toda la obra de Agustín, el cual ve la humanidad como *massa damnata*. Esta visión tiene como contrapartida su insistencia sobre la gracia. Por olvidar esto el agustinismo ha ido a la deriva.

La noción teológica en San Agustín

La noción de pecado original aparece en un tratado filosófico que Agustín consagró al libre albedrío. El planteamiento es metafísico (¿cómo podemos afirmar que Dios es bueno si el mundo creado por Él es malo?) y el proceso seguido para dar con la respuesta es racional.

Para responder, Agustín se refiere a una falta cometida al principio de la humanidad. Él da a la palabra "pecado" un sentido pleno y por esta razón presupone -cosa que el Génesis no dice- que Adán había recibido una "gracia" particular. Este escenario -digámoslo así- tiene una dimensión metafísica. Por un lado permite reconocer la inocencia de Dios respecto del mal y de la muerte; y por otro, permite explicar por qué el hombre muere y aun por qué todas las muertes son justas, incluso la de los niños, que no han podido pecar, en el sentido moral del término. Finalmente, esta doctrina permite demostrar el carácter necesario del bautismo de los niños, en orden a su salvación.

La noción de pecado original toma, así, un sentido muy preciso. Designa la culpa del patriarca de la humanidad, cuyas consecuencias pesan sobre todos sus descendientes. Dado que es un pecado grave, Adán perdió los dones de Dios y, por tanto, ha transmitido a sus descendientes una naturaleza corrompida. Desde entonces, el hombre será incapaz de hacer el bien por su propia naturaleza.

Pero como hemos indicado ya, la noción teológica ha sido introducida de la mano de una cuestión metafísica sobre el origen del mal y, por tanto, no se relaciona en absoluto con la exégesis del texto.

La teología de Santo Tomás: una visión más optimista

Esta visión pesimista fue corregida por Sto. Tomás, quien tuvo acceso a los textos de los Padres griegos, según los cuales la falta de Adán es vista dentro de la economía de la salvación. Sto. Tomás rehusa hablar de corrupción de la naturaleza. Él se limita a apuntar: *natura sibi relictā* (la naturaleza dejada a sí misma). Utiliza el marco del pecado mortal para poner de relieve que los dones de Dios estaban por encima de la naturaleza del hombre y que, por tanto, su pérdida no significaba la destrucción de la naturaleza humana. Ahora bien, la naturaleza humana, al perder lo que le sobrepasaba, no volvió al estado primero de la creación. Por ello, se puede decir que quedó herida: *spoliatus in gratuitis, vulneratus in naturalibus* (despojado de lo gratuito, herido en lo natural). Esta herida introdujo un desorden, no una corrupción. Aun sin la Revelación, el hombre puede hacer el bien siempre que actúe rectamente en conciencia. Sto. Tomás precisa igualmente que el pecado y su transmisión no están ligados a la sexualidad, sino a la naturaleza.

Para Sto. Tomás el pecado está en la voluntad, no en la carne. La condición humana no es pecadora por naturaleza. Sto. Tomás rechaza la noción agustiniana de la concupiscencia. Para Tomás, el deseo y el apetito sólo devienen pecaminosos si la voluntad consiente en ellos, con conocimiento de causa.

Nexo entre la muerte y el pecado

Agustín no tiene dificultad en inscribir el pecado original dentro de una cronología que su lectura literal de la Biblia daba por cierta. Unos cuatro mil años antes de Jesucristo, el primer hombre y la primera mujer desobedecieron a Dios. Fueron arrojados del paraíso, perdido desde entonces. Su falta dañó a la naturaleza y se transmite de generación en generación.

Esto no se corresponde con lo que sabemos hoy día. Primero, la historia de la tierra tiene alrededor de cuatro mil millones y medio de años. Segundo, la vida, en sus formas más elementales, apareció hace unos tres mil millones de años, y en sus formas más evolucionadas, hace unos centenares de millones de años. Ahora bien, la vida implica la mortalidad, en todos los miembros de todas las especies. La muerte forma parte de la vida. La muerte es una función biológica que no tiene nada que ver con una supuesta falta.

Cierto, hay un vínculo entre el pecado y la muerte, pero este vínculo no es ontológico. La muerte biológica no apareció con el pecado. Y esto vale también para la especie homo. Los primates conocieron la muerte antes de llegar a tener una vida espiritual, que es la que puede dar sentido a la noción de pecado.

El escenario construido por Agustín, y que se ha hecho clásico en el pensamiento occidental, no puede ser aceptado tal como él lo propone. ¿Hemos de renunciar a él? ¿Hemos de acogernos a las otras dos expresiones: "pecado del mundo" y "pecado de Adán"? En mi opinión, no. La noción de pecado original es indispensable.

Debemos atender al contenido filosófico de los términos, y más aún a la dimensión específicamente teológica del pecado. Para ello, el punto de partida no puede ser una

visión trágica de la existencia. El punto de partida ha de ser el acto salvador por el que Dios se revela y se da. Dios se revela a través de los actos salvíficos, y especialmente, en el acto del perdón. Es el perdón el que pone al descubierto la verdadera naturaleza del pecado.

IV Una lectura actual del pecado original

Lo que sabemos hoy en materia prehistórica nos obliga a no tener en cuenta la lectura historizante hecha por San Agustín. Es imposible señalar el momento histórico en el que el hombre habría conocido esa relación paradisiaca con Dios. Es imposible señalar sobre un mapa el lugar del Paraíso perdido.

La noción de pecado original debe, pues, ser repensada. Y para ello me parece indispensable subrayar la distinción que se da entre las tres expresiones estudiadas, así como mostrar su complementariedad.

Pecado de Adán y pecado del mundo

I. La noción de pecado se adscribe a la teología bíblica, según la cual Adán es el patriarca de la humanidad. Adán puede y debe ser comprendido como aquél que personifica a toda la humanidad. Es importante afirmar esta unidad contra todas las formas de racismo y discriminación. En ella se funda, además, la universalidad de la salvación obrada por Jesús, de quien Adán es figura.

Los textos bíblicos no dicen nada que nos permita trazar el árbol genealógico de la humanidad. No mencionan ningún animal en el *phylum* donde va a emerger el hombre moderno. No muestran ningún punto de bifurcación entre dos líneas de homínidos. Todo concordismo es vano. ¿Significa esto que, dada la no historicidad del texto del Génesis, todas las referencias hechas a este texto deben ser descartadas? No. Una lectura específicamente cristiana debe leer el texto del Génesis como una profecía de Cristo, pues el personaje Adán, aun careciendo de historicidad, puede ser considerado como una figura de Cristo. La no-realidad histórica de Adán no quita nada a la realidad de Cristo. Hay que añadir también que la figura de Adán es indispensable para justificar la universalidad de la salvación llevada a cabo por Jesucristo.

2. La noción de pecado del mundo debe ser mantenida y desarrollada. En ella se destaca la unidad del hombre en el bien y en el mal. En ella se expresa la solidaridad de los hombres entre sí. Ella expresa que el hombre es humano en humanidad. Asimismo, la noción de pecado del mundo va ligada a una perspectiva escatológica. El presente se juzga a la luz de lo que está por venir. El pecado del mundo es manifestado por la muerte de Jesucristo. El pecado del mundo se revela en el perdón.

Riqueza de sentido del relato del pecado original

La noción de pecado original ha encubierto durante mucho tiempo a las otras dos, ya que ella recubre una parte importante de lo que las otras significan. Hace falta, pues, devolver a ambas expresiones su pleno valor, lo cual no quiere decir que la noción de

pecado original vaya a desaparecer. Al contrario, ella tiene un papel específico por cuanto nos permite explicar el origen del mal.

I. En el plano metafísico, conviene distinguir claramente entre principio y origen. El principio es el lapso de tiempo que se da al comienzo del curso de la duración. El comienzo forma parte de la duración. Como el tiempo es continuo, siempre es posible señalar un momento anterior. En otras palabras, no podemos remontarnos a un principio absoluto. Así, cuando se busca el comienzo temporal del origen del hombre, el proceso se hace *ad infinitum*.

Respecto al origen, hay que decir que no forma parte del curso del tiempo, ya que es él quien marca el tiempo de la duración. El origen dice relación a algo que trasciende a la duración. Así, el artesano trasciende su obra y su desarrollo temporal, dado que la concepción de la obra precede a su actividad productora, la acompaña en su ejecución y la concluye en el uso previsto. Análogamente, la acción creadora de Dios es de otro orden que un momento del tiempo. La acción de Dios no está ligada al comienzo temporal, sino que es coextensiva a toda su obra. El pecado, en cambio, se inscribe en el tiempo.

La noción de pecado designa específicamente lo que rompe la relación del hombre con Dios. Esta ruptura es original; no es un acontecimiento lejano de un pasado inaccesible, sino que se sitúa en el presente como origen del pecado. La noción de pecado original explica el origen del pecado.

2. Dado que no ocurre en el curso del tiempo, el origen utiliza un lenguaje que no es el de la cronología. El relato de los acontecimientos no es la reseña hecha por un testigo ocular, sino un relato etiológico que emplea un lenguaje distinto del informe científico. El relato bíblico del pecado original no tiene nada que ver con la narración cronológica del comienzo de la humanidad. No se basa en la búsqueda del paleontólogo o del prehistoriador, sino que pertenece al dominio de lo simbólico y, por tanto, escapa al discurso científico.

Cuando los símbolos se organizan en forma de relato toman la estructura del mito.

3. En el plano psicológico, el mito del pecado original pone en acción algunas categorías fundamentales del psiquismo humano. El lenguaje del mito, en efecto, ensambla lo sensible y lo espiritual. Esto lo saben muy bien los hombres espirituales. Por esta razón hay una correspondencia entre los elementos observados por la ciencia - en este caso la biología y la paleontología- y la experiencia espiritual.

4. En el plano teológico, la noción de pecado original permite exculpar a Dios. Dios no es el autor del mal. La palabra pecado está bien empleada aquí, pues se define como aquello que contradice la voluntad de Dios. La noción de pecado es estrictamente teológica.

Antropología cristiana

La noción de pecado no se reduce a la moral de los mandamientos. Está ligada a la noción de revelación, a la presencia de Dios que ofrece su amistad.

I. En el relato canónico, el pecado original es cometido por un hombre que había recibido dones preternaturales. Esta sobrecualificación del hombre, imaginada a partir de Ezequiel 28,11 - 19, muestra de manera pertinente que el pecado no se reduce a la falta moral. Es odio de Dios. La posibilidad de este odio de Dios es correlativa al amor de Dios. Es lo que dice Pablo en el capítulo 7 de la Carta a los Romanos, a saber: que no hay pecado si no hay Ley. No un precepto, sino una Ley, un proyecto de salvación.

Las representaciones mitológicas del origen del mal tienen tendencia a decir que el pecado ocurrió por ausencia o por inadvertencia de Dios. Algo se habría escapado a su voluntad. La doctrina cristiana dice que nada escapa a la voluntad de Dios. Dios ha dado al hombre el poder de desobedecer. Le ha dado una libertad plena y entera. Dios ha respetado la voluntad del hombre para no coartar su libertad de acción. Contra la tesis de un Dios débil y ausente, el relato etiológico del pecado original subraya que el mal se origina a causa de una desobediencia formal a Dios. Dios estaba presente cuando el hombre le desobedecía.

La teología racional destaca, no obstante, que la desobediencia a Dios no pudo consistir en una prohibición ingenua como la de no tocar aquello que da gusto ver y comer. De una manera más seria hay que señalar que la voluntad de Dios está inscrita en su obra y que pasa por diversas mediaciones. Supone, pues, el conocimiento de las leyes de la naturaleza, de las reglas de la vida social, de las exigencias éticas personales. La relación del hombre con Dios implica una sabiduría y una ciencia del bien y del mal. La desobediencia sólo es simplista en el mito, aunque el mito deja bien claro que el pecado rompe la relación del hombre con Dios. Esta noción es teológica y, por tanto, escapa al uso de la antropología física, la genética o la paleontología. Estas ciencias de la observación sólo pueden detectar las consecuencias nefastas del pecado.

2. En el plano antropológico, el relato del pecado original nos deja ver la solidaridad de las generaciones en la transmisión de la vida y de la riqueza de la vida. Este relato da paso a la teología de la historia, a la que puede servir de prefacio.

La revelación cristiana se produce en la historia. La investigación moderna ha puesto de manifiesto que la historia de la humanidad no puede reducirse a unos seis mil años. La historia de la humanidad se desarrolla a lo largo de centenares de miles de años. Ahora bien, en esta historia se da un ritmo de evolución que no es constante. Hay pausas, hay mutaciones benéficas y maléficas. Las mutaciones pueden seguirse por medio de los restos paleontológicos. Se sabe que cada mutación cultural origina crisis. El espíritu avanza y esto conlleva una mayor posibilidad de acción. Para bien y para mal. Para bien, con la producción de riqueza, moral e intelectual, con una mayor capacidad de creación religiosa y, por tanto, una posibilidad mayor de relacionarse con Dios. Pero también comporta una mayor capacidad de destrucción y de infelicidad material, moral, intelectual y espiritual. El relato del pecado original se refiere a este proceso. El pecado no está en la posibilidad de hacer el mal, sino en el mal uso de esta posibilidad.

Es necesario, pues, rechazar todo concordismo. Tres concordismos se hallan difundidos en la literatura etnológica. El primero considera pecado el acceso a una nueva posibilidad; en particular, aquella que identifica el pecado con el acto de conocer. El segundo considera pecado la ruptura con un estado anterior. Dicha ruptura presenta como caída la pérdida del equilibrio feliz adquirido en la fase precedente de la civilización. Este mito -el tema de la "edad de oro"- no es cristiano ni bíblico. El tercero

se da en la idea de una permanencia de la animalidad en el hombre. Es el desprecio de la sexualidad, fuerza que escapa a la fría razón.

La noción de pecado original nos remite a una idea más elevada de la libertad. Al emanciparse de un estado precedente de la cultura, el hombre tiene acceso a nuevas posibilidades. El don de la Ley que Dios hizo a Moisés-esta Ley es representada por el árbol del conocimiento del bien y del mal- significa la ocasión de una más alta santidad, pero también de un pecado más grave. Igualmente, la venida de Jesús. Jesús declara: "Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, ellos no habrían pecado; pero ahora, su pecado no tiene excusa (...) Si yo no hubiera hecho delante de ellos lo que nadie ha hecho, no habrían pecado; pero ellos han visto y nos odian a mí y a mi Padre" Un 15, 22-24). Lo que Jesús dice ha sido figurado por el relato del pecado de Adán, que contiene una ley general siempre activa en la historia de los hombres.

3. Esta ley del desarrollo inscrita en el tiempo vivido no concierne tan sólo a las civilizaciones. Concierne también al individuo en el proceso de su crecimiento hacia la madurez. La comparación con la etología es esclarecedora, ya que muestra que el comportamiento humano no se rige por instintos congénitos, sino que depende de la educación. Ahora bien, el sujeto llega a ser él mismo mediante un juego complejo de atracción y de rechazo del modelo. La civilización comienza por una crisis. La lectura psicoanalítica del mito original es por esta razón muy fecunda.

El tiempo vivido no es homogéneo. Hay momentos relevantes y momentos latentes. Así, en el plano moral, hay momentos que se pueden considerar innovadores, instauradores. Esto puede ser para bien o para mal. Los moralistas prefieren hablar de opción fundamental. De hecho, las vidas humanas están marcadas por elecciones que se remontan a la infancia y que son actos libres que esclarecen toda la vida. El relato adámico pone de manifiesto que la humanidad se hace en el tiempo y que las opciones iniciales marcan definitivamente la vida. La doctrina tomista de *habitus* (hábito) lo confirma. El psicoanálisis lo hace igualmente al reconstruir la historia del sujeto.

Además, la naturaleza de este acto sólo se manifiesta más tarde, a medida que la vida se desarrolla. La literatura francesa, y más concretamente los moralistas, lo muestran así. Las novelas de F Mauriac sitúan estas decisiones en el tiempo de la adolescencia. J.P Sartre atribuye su ateísmo filosófico a una decisión tomada en su infancia. Sólo al final del camino uno llega a comprender de qué se trata. Sólo en la muerte de Jesús se desvela el mal del pecado.

El relato etiológico no puede ser clarificado por un discurso racional.

Queda siempre. una parte oscura. Esta oscuridad es doble: proviene de la altura de la revelación, que la inteligencia humana no es capaz de escrutar; el otro aspecto oscuro proviene de la falta que, como ruptura con Dios, se prolonga más allá de una relación transparente a ella misma. El escenario del pecado original nos muestra la profundidad y la altura de la relación del hombre con Dios.

Conclusión

La noción teológica de pecado original atañe a diversos tratados de teología en los que desempeña roles específicos. En Moral, explica la infelicidad del mundo y la dificultad de conversión de los justos. En Cristología, sirve para mostrar la necesidad y universalidad de la salvación. En Teología, introduce una visión cristiana de la historia. En Antropología, confirma la importancia del libre albedrío. En Eclesiología, justifica la necesidad del bautismo para los recién nacidos.

El concepto de pecado original pone en juego un conjunto de tomas de posición globales.

Tradujo y condensó: JOSEP CASAS